



La Novela Gráfica

25 ct.
Nº 34

POR GANAR una MUJER

por

Herbert Rawlinson



POR GANAR UNA MUJER

Versión literaria de la comedia
cinematográfica de igual título inter-
pretada por los popularísimos artistas

Herbert Rawlinson
y
Carmelita Geraghty

Marca Universal



Exclusiva
Hispano American Films
Valencia, 233
BARCELONA

LA NOVELA GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILÊNCIO

Redacción y Administración:
Rambla del Centro, 80, 1.º
Teléf. 4656 A.—BARCELONA



Talleres Gráficos propios
Bou de San Pedro, núm. 9
Teléf. 1167 S. P.—BARCELONA

Sale los Jueves

Por ganar una mujer

I

NO se daba, seguramente, exacta cuenta de la desairada posición en que se encontraba aquella tarde el joven y pretencioso artistócrata Ricardito Dobie.

Otro que hubiese tenido la suficiente delicadeza y un tanto de perspicacia para comprender cuando la presencia de un hombre deja de ser oportuna, se hubiese despedido de la hermosa Margarita Holbrock dejándola a solas con Santiago Moreland, su apasionado adorador, ante las tazas de dorado té con que la muchacha había obsequiado a los dos amigos.

Mas Dobie era de los que creía que las con-

quistas femeninas no eran sino una cuestión de persistencia y de asiduidad. Desgraciadamente, Ricardito confundía los términos, y lo que hacía cuando emprendía la seducción de una mujer era ponerse insoportablemente pesado hasta que sus ilusiones desaparecían ante la realidad del más rotundo y absoluto fracaso.

Lástima grande, porque Ricardito reunía condiciones bastante ventajosas para poder ser, como vulgarmente se dice, un tenorio. Joven, relativamente elegante a pesar de sus ochenta y cinco kilos y poseedor de una gran fortuna, constituía un partido que no era de desdeñar.

Margarita no le hacía el menor caso. Quien ocupaba por entero sus pensamientos era Santiago.

Santiago, mucho menos adinerado que Ricardito pero que a la cualidad, muy apreciable, de ser en extremo atento, correcto y simpático, unía la de ser uno de los boxeadores más en boga en aquel momento en Brooklyn.

La popularidad ha sido siempre uno de los mayores atractivos del ser amado y por ello, nada tenía de particular que Margarita sintiese una vivísima simpatía por Moreland.

El padre de la joven, Daniel Holbrock, era el fundador del Boxing Club de Brooklyn.

lyn, más no por ello sentía igual simpatía que Margarita por Santiago Moreland. Sin la aversión instintiva que aquel le profesaba, indudablemente el boxeador hubiese podido creerse en posesión del máximo de probabilidades de alcanzar la mano de Margarita, aquella manita fina y delicada que, sin duda a cuenta de una entrega definitiva, estrechaba a hurtadillas entre sus puños fornidos de luchador.

Y he aquí que Ricardito, siempre en la higuera, seguía degustando la deliciosa infusión y hablando a Margarita y a Santiago de cosas insustanciales, justificando una vez más aquel axioma que dice: "Cuando una mujer guapa, joven y soltera, toma el te en compañía de dos hombres, generalmente uno de ellos está de más".

Margarita tenía entre sus brazos una hermosa perrita de aguas a la que acariciaba cariñosamente y que le servía admirablemente para hacerse la distraída cuando Ricardito se mostraba excesivamente impertinente.

—¿Se ha fijado usted, Santiago — dijo al boxeador—, qué hermoso es este animalito?

—En efecto —repuso Moreland—. Además de hermoso, es digno de envidia.

—¿Por qué? — interrogó Margarita, con una mirada todo malicia.

—¡Porque se debe encontrar muy bien sentado en su falda, el grandísimo pícaro!

La joven sonrió mientras Ricardito, que se había puesto en pie al ver el poco caso que le hacía la muchacha, contemplaba con rabia a ambos interlocutores.

Aquella escena se iba haciendo violentísima. La inesperada llegada de Daniel Holbrock salvó la situación.

—¡Buenas tardes! — dijo una voz alegre que se trocó en agridulce al advertir la presencia de Moreland—. ¿Se pasa bien la tarde, eh?

—¡Admirablemente! — dijo Ricardo alargándole la mano que Daniel estrechó cordialmente.

—La tarde es deliciosa en tan buena compañía — exclamó a su vez, Santiago, dando la mano al que deseaba convertir en su futuro suegro.

Si Margarita agradeció la galantería con la más graciosa de sus sonrisas, a Daniel no le hizo ninguna gracia. Apenas correspondió al saludo y se puso a hablar con Ricardito, dando casi completamente la espalda al boxeador.

—Esta noche, querido Dobie, vendrá usted al club, ¿verdad?

—Con muchísimo gusto, si ello no es abusar de su bondad, señor Holbrock,

—¡Qué va a ser abusar, hombre de Dios! Le participo que la velada de boxeo es estu-penda y que lucharán nuestros mejores so-cios.

—Así — dijo Santiago bruscamente—, ¿ya debe usted saber que yo tengo allí un comba-te a cuatro rounds...?

Daniel apenas le respondió con un leve mo-vimiento de cabeza.

—Pues sí — continuó diciendo—, como le explicaba yo antes de esta interrupción, la fiesta será algo verdaderamente excepcional. ¿Cenará usted con nosotros, verdad?

—Con muchísimo gusto. ¡No faltaba más!

—A mí — interrumpió nuevamente Santia-go—, no me invite a cenar, ¿sabe?

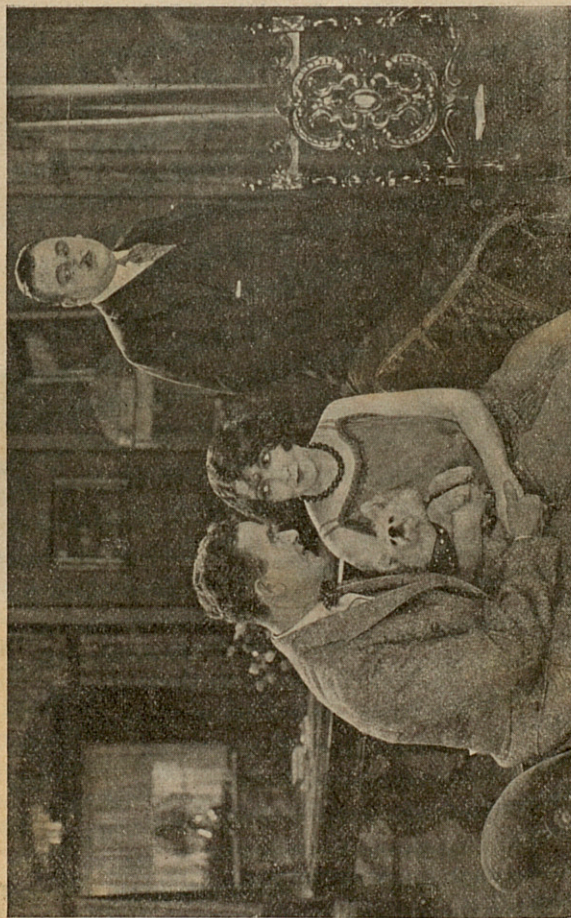
La brusquedad de la frase dejó sorprende-do a Daniel que se dió cuenta de la lección que acababa de recibir.

—Es que yo, siempre que debo boxear, no ceno. ¿comprende? Así estoy más en forma... Con el permiso de ustedes... Buenas tardes.

Y Moreland después de despedirse de los dos hombres, salió de la habitación, acompa-ñado de Margarita que le decía:

—Con la afición que tiene papá, si esta no-che quedas bien, tal vez consienta nuestro matrimonio...

Pero una cuenta echa el arriero y otra el mesonero. Mientras Margarita auguraba tan



Ricardito contempló lleno de rabia a ambos interlocutores.

felices perspectivas, su padre decía a Dobie:

—No sé por qué diablos, pero cada día hallo más antipático a ese pajarraco. Si quiere usted conservar la esperanza de llegar a ser el marido de mi hija, es indispensable que antes vea de eliminar a ese tipo. Tengo una gran idea...

Y los dos hombres — en voz baja empezaron a combinar un plan sencillamente diabólico...

II

EL "Boxing Club" de Brooklyn estaba lleno de bote en bote. La fiesta había empezado hacía ya bastante rato y, en aquel momento se celebraba el tercer combate, reservado a los púgiles de la categoría "Montgolfier", a la que pertenecían todos aquellos individuos que pasaban de los noventa y cinco kilos. Para que todo en aquel combate estuviese en armonía, ambos contrincantes se disputaban una copa... de plomo.

Los dos contendientes se aporreaban concienzudamente cuando llegaron Daniel, Margarita y Ricardito, tomando asiento en una de las filas más cercanas al ring. Al cabo de poco rato, penetraba en la sala Santiago Moreland.

El plan de Daniel era hacerle boxear con un sujeto de malos antecedentes, conocido con el apodo de "El Chicago", a quien había hecho llamar momentos antes.

—Mire usted — le dijo—. Moreland cree que su contrincante no se presenta por miedo y está dispuesto a combatir con quien sea. Usted luchará con él.

—No acabes con él al primer round, ¿eh? — interrumpió Ricardito—. Dájanos primero disfrutar un poco.

Desde los primeros momentos de la lucha, Santiago se dió cuenta de que tenía enfrente a un rival peligroso.

Dos veces, bajo el empuje formidable de los puños de su temible enemigo cayó Moreland al suelo. Pero en el último round logró rehacerse, fatigando al "Chicago" y, después de acorralarle dejarle knock-out.

La ovación que recibió Moreland fué tan grandiosa que sólo puede compararse a la contrariedad enorme que sufrieron Daniel y Ricardito al ver por tierra su diabólico plan.

—¡Te has vendido, canalla! — gritó Dobie al "Chicago" cuando entró a verle en una de las dependencias interiores.

Por toda respuesta, el "Chicago" soltó un formidable directo a la cara de Ricardito que le dejó el ojo derecho con una enorme hinchazón y un círculo amoratado que parecía reflejar todos los colores del Iris.

Moreland, entretanto, se enteraba, por su manager, de una buena parte de la verdad.

—Santiago, te han jugado una mala pasada

— le dijo aquel—. Te han engañado. Tu rival no es ningún socio del "Boxing Club". Es un profesional, el "Chicago", campeón de los barrios bajos...



La llegada de Daniel y Ricardito a la Delegación de Policía y su encuentro con Margarita y Santiago, fué algo épico

En aquella maniobra se adivinaba la mano del padre de Margarita.

—Hay que cambiar de táctica — se dijo

Santiago—. Esta noche procuraré ver a Margarita y adoptaremos nuevos planes...

Vano fué su empeño. Daniel había cerrado todas las puertas y el bloqueo era riguroso.

—Esto se va poniendo feo — pensó Moreland, en fin, mañana veremos lo que se hace.

III

DANIEL Holbrock se levantó al día siguiente con una fuerte depresión nerviosa, efecto del disgusto experimentado en el "Boxing Club" al presenciar la derrota del "Chicago". Llamó por teléfono a su masajista y este acudió al punto a prodigarle sus cuidados.

Ricardito Dobie, apenas estuvo en pie aquella mañana se apresuró a ir a visitar a Daniel y le halló tendido en la cama, completamente desnudo, haciéndose sobar la piel por el profesor de masaje que lo volvía y revolvía a cada momento como si hubiese estado friendo una tortilla.

—Si su boxeador "Chicago" queda siempre como anoche — dijo Ricardito a Daniel—, de buenas a primeras, le aconsejo que se dedique a vender cristales ahumados para los eclipses de sol. Es una profesión que no requiere fuerza ni destreza ninguna y que según mis noti-

cias es más lucrativa que la de los boxeadores que se pasan la vida recibiendo palizas.

—Tiene usted razón, señor Dobie — contestó, enormemente malhumorado Daniel Holbrock—. Me equivoqué pensando que el “Chicago” podía vencer a Santiago. ¡Quién sabe si también me equivoqué al creer que usted podía hacer feliz a mi hija!

Otro que no hubiese sido Ricardito seguramente hubiera optado por marcharse. Pero Dobie se ve que estaba hecho para soportar desaires e impertinencias porque se mantuvo a pie firme ante el lecho en donde Daniel soportaba las enérgicas fricciones del masagista.

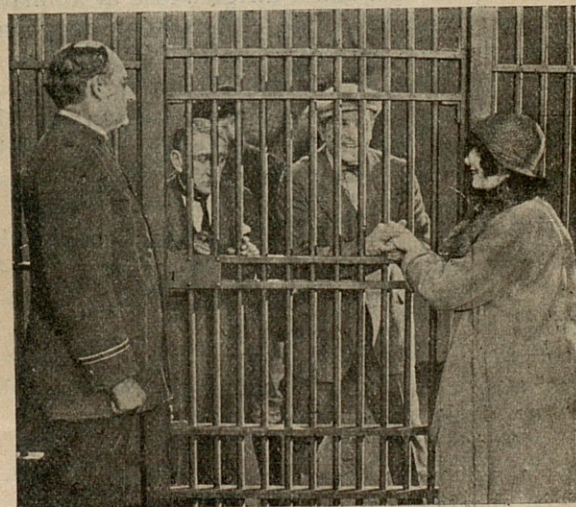
Entretanto, dentro de la casa en que vivían Holbrock y su hija ocurrían cosas extraordinarias.

Santiago, después de no pocas tentativas había logrado comunicar con Margarita por medio de una carta, entregada a su criada, una negrita joven muy servicial.

—El señorito Santiago me ha dado esta carta para usted — dijo la sirvienta a Margarita. Me ha dicho que no había podido entrar en la casa... Claro, como su señor papá, ha cerrado todas las puertas... ¡Oh! Y crea usted que me fastidia, pues no podré salir y precisamente quería ir al baile con mi Domingo...

Momentos más tarde, Santiago se acercaba

sigilosamente a la propiedad de Daniel. Detuvo su automóvil a pocos pasos de la finca y saltó del vehículo llevando al hombro una larga escalera de bombero, que ocupaba todo el coche.



Margarita, que no perdía la serenidad, se despidió de Santiago

Con infinitas precauciones, la apoyó contra una ventana y silbó de un modo muy particular.

Al silbido de Santiago respondieron unos

sonoros aullidos. Por el jardín andaba la perrita de aguas de Margarita quien, al sorprender al boxeador había sin duda creído necesario lanzar el grito de alarma.

—¿También te has aliado con los de arriba? — gritó Moreland, dirigiéndose al animal.

En la ventana donde el boxeador apoyaba su escalera, se perfiló un bulto. No había duda: se trataba de Margarita. La figura descendió los peldaños y apenas estuvo en el suelo se sintió cogida en brazos por Moreland que la condujo al coche estampando en sus labios un sonoro beso.

Una horrible maldición de Santiago siguió a tan ardiente demostración de cariño. ¡Aquella mujer no era Margarita! ¡Era... la negrita!

—¡Pero a dónde va usted a estorbar cuentos, mujer de Dios! — clamó Santiago en el colmo de la indignación.

—Perdone el señorito — murmuró, confusa, la muchacha—, pero como el señorito silba y abraza igual que mi Domingo...

Afortunadamente, en aquel momento, Margarita — la auténtica, esta vez — aparecía en el balcón contiguo.

Santiago cambió la escalera de sitio y unos segundos más tarde, confortablemente instalados en el auto, huían a toda velocidad en busca de la felicidad soñada...

De uno de los balcones partieron horribles imprecaciones y juramentos.

Eran de Daniel que acababa de darse cuenta de la fuga de su hija y de Ricardito, cada vez más cariacontecido ante el nuevo giro que tomaban las cosas aquella noche.

IV

ENCIMA de la mesa del comedor, Margarita había dejado una carta. Daniel rasgó el sobre nerviosamente y leyó:

“Querido papá: Cuando lea usted esta carta ya seré la señora Moreland. Mañana mismo volveremos para explicárselo todo y recibir su bendición.

”Le abraza su hija

Margarita”.

—¡Pida usted un taxi por teléfono! — gritó Daniel a Dobie—. ¡Deprisa!

En pocos minutos, el padre de Margarita se vistió, no sin muchas protestas por parte de su profesor de masaje que se obstinaba en seguirle sobando la piel. Llegó un automóvil y a una velocidad sencillamente fantástica, Holbrock y Dobie se lanzaron en persecución de los fugitivos.

Aquella carrera loca y desenfrenada no podía terminar bien. A los diez minutos de marcha, un policía les detuvo.

—¿Es qué se dedican ustedes a hacer carreras? — interrogó con sorna—. ¿No se han dado cuenta de que van a una velocidad que no permite la ley?

—Es que... — balbuceó Ricardito—, vamos persiguiendo a dos tórtolos, menores de edad, que se han fugado del hogar paterno.

—¿Son dos que iban delante de ustedes?

—Sí, señor.

—Pues no se preocupen. Están detenidos en la Delegación de Policía también por exceso de velocidad, de manera que como ustedes van a ir también, allá se encontrarán todos y podrán arreglar sus diferencias.

No era muy agradable la perspectiva, más no hubo otro remedio que atemperarse a las circunstancias.

La llegada de Daniel y Ricardito a la Delegación y su encuentro con Margarita y Santiago, fué algo épico.

Entre ambos grupos se cambiaron gestos despectivos, miradas amenazadoras y otros excesos. Pero cuando Daniel se puso cariacontecido fué cuando el comisario le dijo que quedaba detenido, al igual que Santiago, a menos que no pudiesen depositar, en el acto, una fianza de doscientos dólares para los do-

—¡Vaya usted a buscarlos enseguida, Ricardito! — suplicó Daniel.

Dobie no se hizo rogar y salió disparado. Margarita, que no perdía la serenidad, tuvo una idea genial. Se despidió de Santiago, salió a la calle y esperó a que el millonario regresara con el dinero.

—Muchas gracias, señor Dobie — le dijo melosamente al verle llegar—. ¿Quiere usted que yo misma me cuide de todo? Así se ahorrará usted la molestia de tener que discutir con el comisario. A las mujeres nos atienden mejor.

Cándidamente, Ricardito entregó los doscientos dólares, que, como es natural, Margarita utilizó, no para la fianza de su padre, sino para la de su novio...

Cuando Daniel vio abrirse la puerta de la prisión, respiró.

—¡Ya ha llegado Ricardito! — pensó el hombre.

Pero en lugar del obeso millonario, fue Margarita la que apareció en el dintel de la puerta.

—Adiós, papá — le dijo, cogiendo del brazo a Santiago—. Dentro de unos momentos te mandaremos confites para que puedas celebrar como es de rigor nuestro casamiento.

Y, una vez pronunciadas aquellas palabras, los dos novios dejaron al suegro dentro de la

prevención y, antes de salir de la Delegación, telefonearon a un clergymán para anunciarle que dentro de pocos minutos estarían en su casa para recibir su bendición.

En la puerta se encontraron con Ricardito que en vano esperaba la salida de Daniel.

—Papá — díjole Margarita—, se encuentra muy fatigado y me ha dicho que prefiere no moverse de allí hasta mañana. Al propio tiempo me ha encargado le dé las gracias por su atención. Reconocidísimos... Buenas tardes...

Hasta al cabo de unos minutos, que Dobie reflexionó largamente sobre el particular y comprendió que aquello no era posible, no se dio cuenta de que le habían estado tomando el pelo de una manera lamentable y que se había pasado el tiempo dejándose timar idiotamente. Volvió a entrar en la Delegación, y, aportando doscientos dólares más, logró la libertad de Daniel Holbrock.

Entretanto, a los dos amantes, felices y contentos de haber escapado, por fin, a la persecución de Daniel y de Ricardito, empezaban a ocurrirles cosas extraordinarias.

EL reverendo Humphreys, pastor bondadoso que se pasaba la vida bendiciendo parejas fiel al precepto bíblico de "Creded y multiplicaos" estaba tranquilamente leyendo un libro de salmos cuando oyó que llamaban a la puerta.

—Adelante, con la bendición de Dios — dijo el bueno del pastor—, que no creía nunca en la maldad de los hombres.

Un sujeto malcarado y vestido no muy elegantemente se irguió ante él, revólver en mano.

—¡Manos arriba! — gritó.

La resistencia era inútil. El reverendo Humphreys se limitó a obedecer, ocultándose en un rincón.

—Márchese de aquí y ocúltese en otra habitación — ordenó el perillán—. No tenga miedo que no quiero hacerle mal alguno. Sólo

lo ganar algunos dólares, ¿comprende? Pronto le dejaré solo. Un par de asuntos me bastan.

Momentos más tarde, llamaban a la puerta del reverendo Humphreys Margarita y Santiago.

—Entrad, hijos míos — dijo el falso pastor.

Expuesto el motivo de su visita, el ladrón, mediante diez dólares, los casó sin dificultad alguna, después de lo cual, los novios, que ya se creían esposos, abandonaron la residencia del reverendo, contentos y felices de hallarse, por fin, unidos por lazos indisolubles.

—En realidad, no he perdido el tiempo — pensó el audaz ladrón—. Y dirigiéndose a la habitación en donde el pobre padre Humphreys, había presenciado el sacrilegio, añadió:

—Bueno: ahora con su permiso, me voy a retirar...

Abajo, en la misma puerta del reverendo, se encontraba estacionado un auto.

—Tampoco me vendría mal aprovechar este cochecito — pensó el ladrón.

Y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, montó en el vehículo y pocos momentos después, sin ningún escrúpulo de conciencia por haber cometido tantos desmanes, nuestro hombre corría más que un galgo de pura raza.

Entrentanto, una nueva visita llegaba a casa del reverendo Humphreys.

Eran Holbrock y Dobie que, sabedores, por haber oído telefonar a Santiago desde la delegación, del propósito que abrigaban los dos amantes de casarse en casa del pastor, acudían a fin de impedir aquel enlace.

El reverendo Humphreys recibióles contrito y apesadumbrado.

—No los he caasdo yo, no... Ha sido un bandido que penetró en mi casa y...

Dobie se apresuró a completar la frase.

—Entonces — interrogó, ¿ese matrimonio es nulo por sacrílego, no es cierto?

—Naturalmente — respondió el Reverendo.

—Venga usted en nuestro automóvil — dijo Daniel—. Iremos a la Delegación de Policía a denunciar lo que le ha ocurrido a usted y de paso empezaremos a registrar hotel por hotel hasta que les pesquemos.

Y principiaron las pesquisas, nada fáciles en un barrio en el que fondas, restaurants y hoteles abundaban más que los borrachos en las noches verbeneras.

—¿Todavía no vamos a la Delegación? — preguntaba el pobre pastor—. Hemos recorrido ya doce hoteles, siete fondas, cinco restaurants y todavía no hemos dado con esa pareja.

Pero Holbrock y Dobie se preocupaban



—Pasad, hijos míos — dijo el falso pastor.

bien poco de volver a la Delegación, de la que tan poco grato recuerdo conservaban. Lo que ellos querían era llevar un testigo de calidad como lo era el reverendo para deshacer aquella boda... Lo demás les importaba un comino...

o o o

ERA ya bien entrada la noche, cuando Margarita y Santiago llegaron a un hotel que les pareció tranquilo, confortable, y no demasiado caro. Allí decidieron instalarse hasta el siguiente día en que, fieles a lo prometido, pensaban volver a la quinta de Holbrock y pedirle su bendición.

—Tenemos disponible una habitación muy bonita, precisamente — dijo el maitre—. Es la que prefieren siempre los recién casados.

La noche transcurrió llena de incidentes. Un individuo, que sin duda no estaba conforme con la ley seca, y que era poseedor en aquellos momentos de una curda fenomenal, se les metió en el cuarto y Santiago tuvo que sacarlo en brazos. Dos o tres veces llamaron a la puerta, equivocándose de habitación. Fué una noche de novios original y de la que Margarita y Santiago conservaron múltiples recuerdos. Por fin, la calma se hizo en el hotel y ambos pudieron entregarse a dulcísimos excesos.

Peró estaba visto que la noche no podía acabar de transcurrir sin nuevos conflictos.

Por los corredores huía la gente lanzando alaridos de terror al paso que de la planta baja partía un grito angustioso:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Despavoridos y casi sin vestirse Margarita y Santiago salieron precipitadamente de su habitación y siguieron a los fugitivos.

El incendio, a lo menos por las señales exteriores, carecía de importancia.

De pronto, Margarita se dió una palmada en la frente.

—¡Santiago! — gritó — ¡Nos hemos olvidado de la perrita! ¡Si no la socorremos a tiempo, morirá abrasada, pobrecita!

Hemos olvidado de consignar, en el curso de nuestra narración, que Margarita había huído del hogar paterno acompañada de su querido animalito...

—¡Está bien! — dijo Santiago —. Voy a buscarla.

Y echó a correr escaleras arriba. Apenas había desaparecido de la vista de Margarita, esta oyó una voces conocidas que gritaban:

¡Ya los tenemos! ¡Ya los tenemos!

Eran Daniel y Ricardito que, finalmente, habían descubierto el refugio de los dos amantes.

Daniel no dudó un momento. Cogió entre

sus brazos a su hija, la depositó en el coche y ordenó al chauffeur que regresaran hacia casa.

—Y en llegando a casa — dijo Holbrock — te arreglaré las cuentas, mala hija. En cuanto a Santiago, no te preocupes, que mañana mismo presentaré contra él una denuncia por rapto.

—Dispense — interrumpió el reverendo Humphreys—. ¿Y cuando iremos a la Delegación?

o o o

Ricardito no había querido montar en el auto. Dijo que quería esperar el regreso de Santiago para castigarle por haber raptado a Margarita.

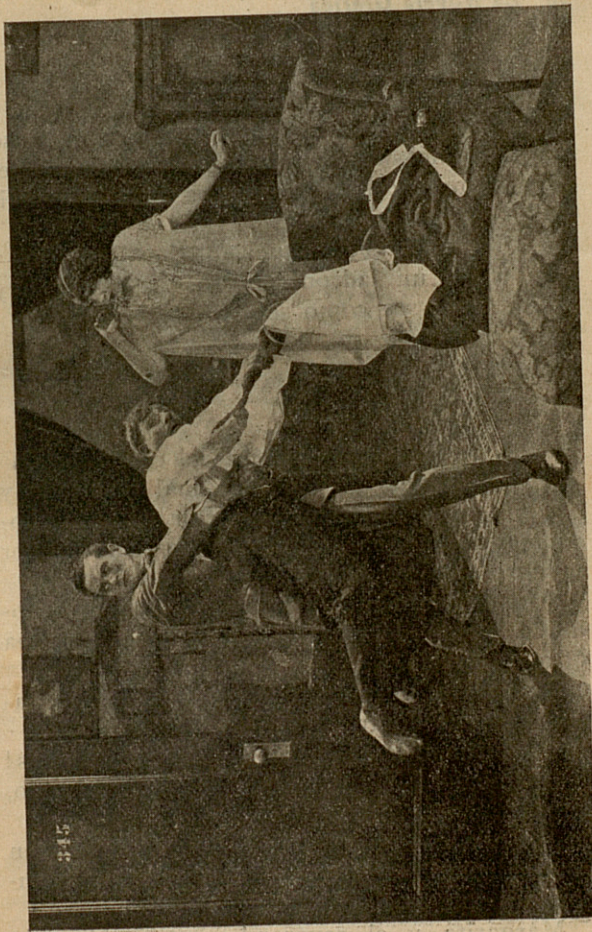
En efecto, a los pocos momentos, Moreland descendía de su habitación con la perrita en sus brazos.

—¡Cómo! — exclamó al ver a Ricardito—. ¿Dónde está mi mujer?

—¡Su padre se la ha llevado a casa y yo me he quedado aquí para decirle cuatro de frescas!

—Bien — repuso Santiago—. Pues si me quiere decir algo, haga el favor de esperarse, que ahora tengo otro trabajo más urgente. ¡Tome!

Y dejándole la perra en sus brazos, saltó



Santiago tuvo que sacarle en brazos...

mejor que montó en su coche y se lanzó a todo correr en persecución de Daniel.

Dobie, al verse declarado tutor del famoso animalito no supo, al momento qué decir. Pero pronto reaccionó al ver pasar a dos policías:

—¡Corran tras de aquel auto! — les dijo—. ¡En él va un ladrón peligroso a quien hay que detener sea como sea!

o o o

LA desenfrenada carrera del coche de Daniel había de tener un mal resultado y así fué. Al hacer un viraje, el auto chocó contra un guardacantón y no ocurrió por milagro una verdadera catástrofe.

Afortunadamente, a parte de que el automóvil quedó destrozado, no ocurrió ninguna otra desgracia.

Margarita, durante todo el trayecto, no hacía más que llorar.

—¡Santiago habrá perecido entre las llamas! — gritaba—. ¡Y tú tendrás la culpa de todo, papá!

—¡Calla! — dijo éste—. Refugiémonos en esta cabaña y esperemos a que pase algún automóvil que nos socorra.

Margarita y el reverendo entraron en la

choza y Daniel se quedó en la puerta, observando el horizonte.

No tardó, en efecto, en llegar un automóvil al que Holbrock pidió auxilio.

El individuo que lo conducía se opuso al principio, más al fin aceptó y, junto con Daniel, penetró en la cabaña.

Al verle, Margarita y el reverendo Humphreys dieron un grito de sorpresa. Aquel hombre era... el ladrón que se había introducido en casa del pastor usurpando su puesto.

—¡Manos arriba! — gritó el criminal.

En un periquete, les hizo entregar cuantas joyas poseían, después de lo cual iba a largarse de nuevo en su vehículo, cuando la puerta se abrió violentamente y apareció Moreland.

—¡Manos arriba! — volvió a gritar el ladrón.

Una serie de puñetazos de primera magnitud respondió a la intimidación. El ladrón intentó defenderse, más fué en vano. Pocos minutos después, Santiago lo había dejado knockout, recobrando todo lo robado.

—Moreland — dijo entonces Daniel—, eres un héroe. Te perdono tus locuras y puesto que mi hija te quiere, podéis casaros.

—En este caso — interrumpió el reverendo—, la ceremonia podría hacerse ahora mis-

mo, reparándose de esta manera el sacrilegio de ese bandido...

En un momento estuvo todo hecho. Ya se disponían a partir, utilizando el automóvil del ladrón, cuando oyeron fuera un gran escándalo y Ricardito Dobie, con los policías, irrumpió en la cabaña, gritando:

—Aquí está el ladrón que les he dicho...

—En efecto — replicó serenamente Moreland—. Allí le encontrarán, tendido en el suelo de unos puñetazos que le he propinado hace un rato...

El ladrón, en un momento, estuvo maniatado. Los policías saludaron y se marcharon, satisfechos de tan buena caza.

—Señor Dobie — dijo entonces Moreland.

— Con el permiso del señor Holbrock tengo el gusto de presentarle a mi mujer...

Ricardito, viendo perdida la partida, volvió la espalda y se dispuso a retirarse.

—No se vaya, Dobie — interrumpió Daniel—. Nos iremos juntos y dejaremos aquí a estos tórtolos que descansen hasta mañana...

El reverendo Humprheys creyó llegado el momento de intervenir:

—Diga, señor, ¿y no me puede llevar, aún a la Delegación de policía?

